



# EL DERECHO A LA SONRISA<sup>1</sup>

CHARLA JOVIAL

Menudo chasco se han venido a llevar los que atraídos por el benévolo anuncio de los señores directores de este Centro, pensaron asistir a una *conferencia*.

Ante el sentido horriblemente serio y secamente académico en que esta palabra cruza en andas nuestros ambientes eruditos, quien como yo tiene sangre jovial y mocetona—sangre de gamín y de arrapiezo—tiene que reventar en carcajadas.

La conferencia es cosa respetable, inmensamente respetable; y se me figura que para apechugar con ella, necesario será comprarse,—aunque sea al crédito,—una enjuta cara de filósofo con frente arrugada y greñas al desgaire, o una circunspección con lentes de sabio a las usanzas de ahora. Se me figura también—y en esto no hay puntas de fisga—que el traje de etiqueta es de rigor en estas malandanzas.

¡El traje de etiqueta!

Fué indudablemente en una noche de gran baile a la moderna,—al ver al hombre metido entre la sorna de un frac y bajo la lustrosa hilaridad de una chistera,—que le asignaron una ascendencia chimpancesca los acuciosos investigadores que con Darwin, antes de Darwin y después de Darwin, se entretuvieron en morder sabrosamente las candidas manzanas de nuestro divino origen.

¡Y luego el aire sentencioso de perdona vidas... literarias o científicas que es preciso adoptar para infundir un adarme de fe en la prédica!

¡No y no!! Quédese tan trascendental

función para los hombres venerables que vinieron al mundo envueltos en la toga del funcionario o en la levita severa y casposa—oliente a rapé y a naftalina—del personaje de academia. Esos que hablan en geroglíficos y discurren silabeando desde pequeñines.

La seriedad. ¡Qué fastidio!

La circunspección. ¡Qué pereza!

Reunir en torno de una mesa manojitos de flores y gavillas de trigo maduro y bien oliente, para servirles por todo agasajo una soporífera disquisición universitaria!

Alabo el gusto y la excelente voluntad de quienes se pirran por cargar con tal empresa.

Después de todo, cuán escasas son las conferencias que no resultan la lectura en voz alta del último libro que entró como rauda golosina a engañar las incurables avidedeces del postulante! Si al menos se examinaran los asuntos con criterio propio y se exprimiera, como en cuba sedienta el rojo caldo, una cualquiera conclusión original...!

Pero noto que voy excediéndome en el prólogo. Porque esto no es sino el prólogo de esta charla jovial que se llama *El derecho a la sonrisa*.

Perdóneseme la extensión del preámbulo, en gracia a la bendita gracia que he tenido de no dedicarlo a esos desteñidos malabarismos de modestia que son la entrada sacramental de toda alocución de alguna monta.

Unos comienzan: "Inmerecidamente escogido para llevar la palabra en este

<sup>1</sup> Leída en el Club La Libertad y en el Ateneo de la Juventud.